

# Los arhuacos en Colombia

## Un ejemplo a seguir para otros indígenas

*Julia Núñez Boluda*

*Abogada.*

**H**ace más de quince años viví, durante tres, en Colombia, en la Sierra Nevada de Santa Marta, en concreto en la zona indígena donde se asientan «los arhuacos».

Trabajé como maestra en la escuelita indígena de «Yeurua», de unos cien niños, y conviví, junto con otras tres compañeras, con los arhuacos.

Para mí fue una experiencia única e irrepetible, que aconsejo a cualquier joven que tenga la inquietud y la posibilidad de ir a un país de Tercer Mundo como cooperante.

Pero no voy a hablar de mi experiencia personal, con ser, como digo, importante y positiva, más para mí que para nadie, desde luego..., sino que me quiero referir a la evolución que ha experimentado el pueblo arhuaco desde que yo salí de allí hasta ahora (Agosto de 1994) en que he tenido la ocasión de regresar y ver de cerca los cambios.

Hace diez años los arhuacos echaron a la Misión y desde entonces se organizan solos. Tienen sus propios maestros y enfermeros indígenas y han logrado, entre otras cosas, una zona geográfica extensa de territorio propio, donde el resto de los colombianos pueden ir y estar si los desean, pero no pueden comprar tierras. ¡Todo un récord!

Por eso entiendo que, en comparación con otros pueblos indígenas que están siendo exterminados, los arhuacos son realmente un ejemplo a seguir (Y no quiero decir con esto que los pueblos indígenas tengan que echar, por sistema, a los misioneros).

La historia, en breves trazos es la siguiente:

Hace más de un siglo, los Capuchinos fueron a la Sierra Nevada para evangelizar a los arhuacos. Hicieron muchas cosas buenas (educación, salud...), pero cometieron un error grave, en mi opinión, el de avasallar, que se materializó en prohibir a los niños que llevaran a su internado (algunos cuentan que a la fuerza) desde hablar su lengua arhuaca hasta vestir su ropa tradicional (la «manta» tejida por ellos), pasando por darles otra religión, otras costumbres...

Aquello debió ser traumático para muchos, y lo fue también para los arhuacos como pueblo, ya que, al cabo de los años, se podría decir que «se han sacado la espina» y han echado a los misioneros que les avasallaron.

Por supuesto, ha sido un proceso largo y complejo que, en cierto modo, se veía venir y que, en gran manera, se estuvo potenciando, incluso por los misioneros que trabajaban en la línea de que fueran los propios indígenas quienes se rigieran a sí mismos.

Y ese objetivo de muchos, por fin, se ha logrado: actualmente los maestros que trabajan en las numerosas escuelitas regadas por toda la Sierra, unas veinte (cuando yo estaba eran sólo unas seis), son arhuacos, se enseña la lengua arhuaca, se vuelve a vestir con orgullo la «manta», se teje la «mochila», los líderes son arhuacos, se ha vuelto a la tradición y a las costumbres arhuacas que se enseñan y se protegen celosamente. Es un pueblo autónomo, orgulloso de sí mismo y feliz.

Para quien los visita de turista, su vida, que yo entiendo feliz, puede resultar impensable y desafortunada, ya que carecen de un montón de cosas para nosotros indispensables: luz eléctrica (lo que no sólo son bombillas, sino televisión, nevera y electrodomésticos en general), agua corriente (les llega a través de una pequeña manguera desde el arroyo), gas o similar...; caminan aún descalzos muchos de ellos, hacen sus necesidades en el campo y viven en chozas, cocinando al fuego del hogar.

Sin embargo no les falta de nada: comida en abundancia que cada uno cultiva en su finca, frutos tropicales recién cogidos del árbol, la cosecha anual de café, con cuya venta pueden adquirir cosas que no tienen (arroz, sal, machetes, herramientas...), un aire limpio no contaminado por

coches —inexistentes—, ríos claros, un tiempo primaveral..., y una comunidad sana y unida, con sus normas, tradiciones y costumbres.

Han logrado que se les respete como pueblo, con su propia identidad, su forma de vida, su cultura y su organización (Cabildo gobernador, «mamos» religiosos, Comisario, etc).

Tienen un territorio de unas doscientas mil hectáreas que comparten unos trece mil arhuacos con otros siete mil indígenas (kogis y arsarios) territorio propio, indígena.

La Constitución colombiana tiene unos veinte artículos dedicados a los «indígenas», a los que considera iguales al resto de los colombianos. Faltan todavía leyes que desarrollen y traduzcan en derechos concretos esos principios, pero, ya de por sí, es todo un avance...

Algunos líderes indígenas acuden quincenalmente al Senado, con el esfuerzo que ello representa para sus pobres economías, y el gasto de tiempo que implica ya que tienen que desplazarse primero en mula, luego en «ca-

rrros» todo terreno, por caminos «destapados», para llegar a Valledupar y allí, por último, coger el avión para Bogotá.

Pero acuden, y luchan por sus derechos, cuidando de evitar que se les recorte lo ya alcanzado, a lo que tiende el gobierno en sus ausencias.

Cabe quizá, una última reflexión ¿fue positiva la labor de la Misión y la de cuantos, en tiempos más cercanos trabajamos por la Comunidad como cooperantes? ¿Hubiera sido posible esta evolución y estos logros sin la presencia de toda esta gente?

Personalmente tengo mis dudas. Posiblemente sí, pero a más largo plazo... Quizá no, si hubieran tomado por otros derroteros... ¡Quién sabe!

Lo que es evidente es que las personas más concienciadas, las que antes han visto el camino, por decirlo de alguna manera, las que mejor están trabajando por el pueblo arhuaco, autónomo y libre, han sido en su mayoría educadas en la Misión, y han gozado de la ayuda necesaria para estudiar y prepararse, que es en definitiva, lo que hace a una per-

sona adquirir una visión amplia de la vida, del entorno, de los objetivos a perseguir...

Salvo excepciones, la gente que estudió en la Misión, en el fondo, lo agradece. Superado el trauma de que les prohibieran lo que hoy en día han vuelto a recuperar, tienen un buen recuerdo de aquellos años (también era su infancia...)

Hubo un grupo, incluso, que se opuso radicalmente a que se echara a la Misión, y han logrado mantener contacto con sacerdotes que suben a la Sierra en fiestas, a celebrar la Misa y a bautizar, incluso, a todo el que lo desea, actos que compaginan sin ningún problema con su religión y sus bautizos arhuacos.

En definitiva, creo que los voluntarios pueden hacer una buena labor aún en muchas Comunidades indígenas. El mayor beneficio lo obtendrán ellos mismos, en su persona y en sus vidas, pero lo más importante, entiendo que es RESPETAR: observar, escuchar, aprender..., colaborar..., no creerse más listos ni más preparados, no innovar porque sí, no imponer, jamás avasallar... **A**